1880 Leyendas de la Cueva del Monje

En Valsaín no hay leyendas propiamente populares ni siquiera tradicionales por popularización de cuentos debidos a autores culturizados. Pero abundan los relatos legendarios apoyados en algunos topónimos y lugares característicos del entorno de La Granja, Valsaín y la Sierra. Dedicamos una primera *Mirada* a dos leyendas asentadas en la Cueva del Monge.

Un lugar y un nombre muy conocidos

El topónimo Cueva del Monje aparece documentado al menos desde el siglo XVI con ocasión de los primeros vedamientos de las matas robledales impuestos por Carlos I y luego ampliados por Felipe II. Jerónimo de Ortega, el juez especial de la Junta de Obras y Bosques nombrado por Felipe II para entender de varios aspectos de la Dehesa de Valsaín y de las obras de la Casa del Bosque, requiere en 1568 información sobre este extremo:

> *I.- Primeramente, que se vean los robledales bajos y se sepa qué parte se podrá vedar con menos perjuicio y daño de los lugares comarcanos, y si vedándose vendrían a crecer y hacer montes altos, y en qué tiempo, y qué orden y forma se habrá de tener en la guarda de ellos, y qué utilidad y beneficio o qué daño o perjuicio se podrá seguir de ello.*

En "los capítulos que puso esta Ciudad y Nobles Linajes, su Común y Tierra ante J de Ortega, corregidor de Segovia, sobre vedamiento de las ocho matas de Valsaín, Pirón y Riofrío, las cuales deslidan tres en Valsaín, tres en Pirón y dos en Riofrío" (AMSG, legajo 55-9), se contesta que hay vedada una segunda mata

> *comenzando desde la junta de los ríos Cabrones y Heresma que pasa cerca de la Casa Real del Bosque por la parte de arriba hacia el Bosque hasta la mata vedada de San Elifonsso, y desde en llegando a la mata vuelve junto a la dicha mata de San Eliffonso, y va subiendo hacia la Sierra de Peñalara a dar por bajo del Tobarejo, y desde allí sube hasta entrar en el pinar do dicen la Cueba El Monje y por la parte de arriba se toma por lindero por la falda del Pelegrín que es hasta llegar a los dichos pinos, y por aquella misma cuerda va el deslindamiento de la mata por Postuero Viejo y al Camino de El Reventón, y va a dar al arroyo que baja del Chorro y desciende lindando por el arroyo abajo hasta llegar al Bado Viejo donde comenzó el deslindamiento de esta mata.*

Las "Ordenanzas para la guarda de la Dehesa y Pinar de Balsauín y algunos robledales baxos que V Mª ha mandado vedar en Pirón y Riofrío, de 13 mayo 1574" confirma el vedado de esta mata robledal:

> *Encomençando desde la Junta de Rìo Cabrones con el río de Eresma, que passa cerca de la casa real del bosque, y por la parte de arriua hazia el bosque hasta la mata vedada de sancto Illefonso y desde en llegando a la mata buelue el lindero de la dha por junto a la mata de sancto Illefonso y va subiendo hazia la sierra de peñalara arriba va a dar por baxo del tobarejo y desde alli sube hasta entrar en el pinar a do dizen la cueba el monje y por la parte de arriua se toma por linderos por la falda del pelegrín que es hasta llegar a los dhos pinos y por aquella misma cuerda va el deslindamiento, desta mata por postuero Viejo y al camino del rebentón y va dar al arroyo q baxa del chorro y desciende alindando por el dho arroyo abaxo hasta llegar al bado Viejo do començó el deslindamiento desta mata.*

La presencia de la Cueva del Monge es continua en los siglos posteriores. Así en los reconocimientos de las matas durante el proceso de venta de los pinares y robledales a Carlos III. En el de 1761 se describe la "4ª Mata Robledar": "La Mata de Nava el Horno […], principia desde el Río Heresma y Arroyo Vercial, subiendo â la cueba del Monge. Y los tasadores nombrados por el rey y por las instituciones segovianas examinan ese mismo años la Mata de Pinar del Vedado, y llegan al Arroyo Carneros y siguen "á los tobarejos hasta encontrar con el arroyo Bercial, partiendo desde allí a la Caveza del Puerco, que mira a Balsaín y espaldas de Cueva del Monje, hastta llegar a el vado de Navalonguilla". El reconocimientto de la Mata de Navalhorno se inicia "por la Cueba deel monje hastta llegar ael arroyo Peñalara y vado de Navalonguilla, que se encuentra con el Herrezuelo, donde prosigue hastta Nabaquemadilla".

El día 7 de septiembre de 1807 el nuevo Superintendente inspecciona "todo el Arroyo Morete y lo que media entre este y el de Carneros; todo el Cerro Pinarejo y

por los Tobarejos se fue a Nava el Pelegrín y la Cueva del Monge". Claro que el topónimo goza de plena vigencia en mapas, planos y en el común conocimiento.
La fuerza de evocación de este nombre ha suscitado varios intentos de explicación desafortunados. Algunos con pretensiones de rigor científico y la mayoría asentados en la imaginación, más bien corta, de algunos eruditos locales.

Druidas o celtas. Ni unos ni otros

"Llámase la Cueva del Monje por suponerse que sirvió de albergue en algún tiempo a un penitente anacoreta" (R. Breñosa y J.Mª de Castellarnau, Guía y descripción del Real Sitio de San Ildefonso, Tip. de los sucesores de Rivadeneira, Madrid, 1884, p. 277). El topónimo surge así de una noticia legendaria. Y engendra a su vez toda una larga colección de leyendas.

La primera intenta apoyarse en la arqueología: la cueva y sus peñascos formarían un monumento megalítico que sería nada menos que el ara que dio apellido a Peñalara, "informe monumento que aparentan los riscos graníticos de la llamada Cueva del Monje". Esta elucubración tiene autor conocido. Daniel Chaulié publicó en la Revista Contemporánea, 1880, tomo 27, un largo trabajo con pretensiones científicas en el que sostuvo que los peñascos de la Cueva del Monje eran en realidad "un monumento megalítico del mayor interés histórico y arqueológico, de los más raros y mejor conservados de Europa, entre los conocidos con el nombre genérico de dólmenes".

"Todo hace suponer —continúa— que la Cueva del Monje era en su fundamento un dolmen trilitho de gran importancia consagrado por los druidas para celebrar las fiestas de los plenilunios" durante las que "ofrecían sacrificios humanos a divinidades de sangre y muerte como Endavéllico". Interpretación que Chaulié cree ver confirmada con el "nombre de Peñalara dado a una altura que domina aquellos contornos sobre la cual aparece la luna nueva que los sacerdotes y muchedumbre reunida en el lugar santo esperarían como señal para comenzar sus terribles solemnidades".

Este apresurado resumen no priva de interés a la lectura íntegra del jugoso e imaginativo trabajo de Chaulié. Su texto completo es el que sigue.

REVISTA
CONTEMPORÁNEA

AÑO VI — TOMO XXVII

MAYO — JUNIO 1880

D
7783

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE DE PIZARRO, NÚM. 11, TERCERO, MADRID
OFICINAS
PARIS, 27, FAUBOURG MONTMARTRE

[DERECHOS RESERVADOS.]

LA CUEVA DEL MONJE.

ENTRE los episodios tradicionales con que la imaginacion popular ha embellecido los pintorescos alrededores del Real sitio de San Ildefonso, se cuenta de los primeros la romántica leyenda de la *Cueva del Monje*, admitida sin contradiccion por toda clase de personas ó autorizada con el silencio de muchas y la sancion de los años.

Pero nadie, que yo sepa, ha tratado de averiguar el orígen y destino primitivo del grandioso teatro de los hechos que la voz popular refiere, llegando á mi vez, sin intencion, á pesar mio y como empujado por la casualidad, á considerarle bajo el aspecto histórico y monumental, aumentando el misterio que lo maravilloso le comunica con el respeto que infunden las construcciones que nos permiten descorrer algun tanto el velo espeso que cubre la existencia de remotas generaciones.

Acepto, pues, la difícil mision en que las circunstancias me colocan; quizá sea superior á mis fuerzas, pero hay empresas que sólo el intentarlas satisface, y si otros con mi ejemplo y mayor competencia, averiguan lo que yo no pude,

Colección: Miradas sobre La Granja

quedaré satisfecho de ser el primero en tratar un asunto de suyo curioso, y no ménos poético, aparte de su importancia arqueológica, que las numerosas tradiciones con que la fantasía vulgar puebla los agrestes pinares de Balsaín.

La relacion á que me refiero es igual á infinitas de su género.

Un labrador llamado Segura, cansado de los afanes de la vida, ofreció su alma al diablo en un rapto de impaciencia culpable, si le otorgaba juventud y riqueza. Firmado el contrato, apuró el pecador con ciego frenesí en la copa de Babilonia los placeres que tanto ansiaba.

Pero en medio de su locura conoció un dia que los años pasaban trayendo consigo el cumplimiento del pacto diabólico: temió la cólera divina, é implorando arrepentido la misericordia de Dios, hizo voto de retirarse á un desierto donde á fuerza de penitencias expiase sus enormes culpas.

Ningun lugar tan apropósito para el caso como la cueva que por el largo tiempo que le sirvió de guarida, conserva el título de *Cueva del Monje*. En ella le conocieron los aldeanos y leñadores de las inmediaciones, con el nombre de P. Arsenio, á quien tenian en opinion de santo y áun favorecido con el don de hacer milagros.

Por fin, llegada la hora de su muerte y absuelto por el prior de la Granja, se vió al diablo salir de la cueva en figura de un enorme murciélago, mientras el P. Arsenio espiraba tranquilo purificado con el arrepentimiento.

Así lo cuenta el libro donde se refiere la leyenda.

Sabida ésta, pasemos á lo real y efectivo, despues de decir que la cueva mide unos 10 pies de largo por 7 de ancho con 3 de altura y sirve en la actualidad de abrigo á los pastores del monte y de sitio cubierto donde guisan sus ranchos en las destempladas noches de invierno.

***

El verano pasado llegué á la Granja, y segun mi costumbre en todo pueblo que desconozco, me dediqué á visitar lo digno de atencion en el sitio y sus contornos.

Julio de Toledo – Sociedad Castellarnau

Colección: Miradas sobre La Granja

Oí hablar de la *Cueva del Monje* como situada en paraje apropósito para una gira campestre, de su peregrina historia y de otras cosas más que no llamaron mi atencion, creyéndolas semejantes á las que en muchas partes habia visto, y áun allí mismo disfrutaba con poco trabajo y pérdida de tiempo.

Por fin, una respetable familia de mi especial cariño y aprecio, residente á la sazon en el Real Sitio, determinó visitar la cueva, contando conmigo. Emprendí el viaje tan satisfecho como bien acompañado, en un dia de los más calurosos de Agosto, por un camino movedizo, donde los caballos del coche se hundian á cada paso hasta los corbejones, y crecieron las dificultades en términos para los que no íbamos en cabalgaduras, que nos fué preciso desmontar, resignándonos á conchuir la expedicion á pié, cuesta arriba y bajo un sol canicular en toda su fuerza.

Tres kilómetros habiamos andado y la senda era cada vez más empinada, cuando al cabo desembocamos de repente en la extensa cumbre de una eminencia cercada de vegetacion magnífica y agreste, caprichosa en la extructura de las rocas graníticas que formaban sus lindes, cual si los génios del pinar hubieran querido disponer un anfiteatro digno á las evocaciones mágicas de un encantador.

A la derecha de la explanada se abria magestuosa, grande y severa, dibujándose en el espacio su perfil imponente, la llamada *Cueva del Monje*.

Desde un principio llamó mi atencion y á ella me dirigí sin perder momento, olvidando la fatiga.

Reconocida á golpe de vista la portentosa fábrica, sin dar crédito á las primeras impresiones de la fantasía, quise buscar consejo en quien por su inteligencia y saber pudiera darle, y nadie mejor que mi apreciable amigo D. Inocencio Roldan, secretario general de la Junta consultiva de ingenieros de caminos, canales y puertos, que allí se encontraba descansando del viaje, y no del mejor humor á causa de sus peripecias.

—¿Ha visto Vd. la cueva? le pregunté.

—Sí.

Julio de Toledo – Sociedad Castellarnau

Colección: Miradas sobre La Granja

—¿Y qué opina Vd. de no ser de igual clase la piedra que forma la cúpula y los dos soportes en que se apoya?

—Son caprichos de la naturaleza; de otro modo no seria cueva, sino un *dolmen*.

—Pues justamente, eso es lo que yo creo.

Esta opinion lanzada á boca de jarro sacó de su apatía al hombre de ciencia, llevándole á examinar el monumento.

—Repare Vd., le dije, ese medio círculo de piedras colocadas verticalmente, formando un recinto ante la entrada de la gruta, y que las paredes que la resguardan por su parte posterior son formadas de cantos rodados unidos groseramente con barro, por quien sólo trató de guarecerse contra el viento en época muy distante de la construccion de la obra en general.

Eran inútiles mis observaciones. El Sr. Roldan habia adquirido sobre mí la superioridad consiguiente y examinaba con interés la supuesta cueva en todos sus pormenores.

—Voy cerciorándome que es en efecto un *dolmen*, dijo por fin.

Y trepando con agilidad suma sobre los pedazos de roca esparcidos al derredor, se paró en una altura á la derecha á que yo procuré seguirle.

—Hé aquí la piedra de los sacrificios, exclamó; la ranura ó canal por donde corria la sangre de las víctimas, se halla marcada perfectamente, siguió diciendo al paso que con el baston descubria un profundo surco que comenzaba como á un tercio de la longitud de la losa; indudablemente es un dolmen lo que se llama *Cueva del Monje*.

Apenas descendimos á lo llano, se apresuró mi amigo á sacar cróquis de los tres principales puntos de vista del monumento, asegurándome que se daba por muy pagado de las incomodidades de la expedicion con el buen hallazgo que le proporcionaba.

***

Escusado es advertir, leido el relato anterior, que sólo considero en la *Cueva del Monje* un monumento megalítico del

Julio de Toledo – Sociedad Castellarnau

Colección: Miradas sobre La Granja

mayor interés histórico y arqueológico, de los más raros y mejor conservados en Europa entre los conocidos con el nombre genérico de *dólmenes*, palabra bretona que significa *tablas de piedra* ó *piedras levantadas*.

Describiré estas construcciones citando los pareceres que hay acerca de su objeto y pueblos que las elevaron, para concluir sometiendo á la crítica imparcial los fundamentos de mi opinion y conjeturas en que se apoya.

Aunque existen diversas clases, los dólmenes que nos importa examinar se presentan bajo dos formas. El *lichavon*, mesa de piedra, ó más bien, el *trilitho*, nombre significativo tomado del griego por los modernos, compuesto de tres piedras, dos de las cuales soportan otra colocada trasversalmente. Si falta cualquiera de los soportes y toca en la tierra uno de los extremos de la piedra de cubierta, se llamará la construccion *semi-dolmen* ó dolmen inclinado ó imperfecto.

Acerca del objeto probable de estos monumentos se hallan bastante discordes los arqueólogos, si bien parece fuera de duda que sirvieron de altares ó de tumbas. Apoyada en la autoridad de respetables autores latinos, es general la opinion que atribuye á los druidas el uso de los sacrificios humanos sobre las aras de sus dioses, que no eran otras que los dólmenes levantados por los celtas en todos los países donde se establecieron. Las ranuras profundas que se ven sobre las tablas de piedra de algunas de estas construcciones, estaban destinadas á recibir la sangre de las víctimas. Otras veces eran precipitadas aquéllas sobre el hierro, que les daba muerte desde lo alto de un semi-dolmen de grandes dimensiones.

Segun las apariencias, los trilithos fueron solamente altares de oblacion, al paso que los dólmenes de otro género eran el lugar destinado para los sacrificios humanos y de animales. Hay una particularidad que destruye todo género de duda, y es la especie de cubeta circular que se ve en muchos dólmenes dispuesta evidentemente para recibir la sangre de las víctimas que escurria por una teja ó canal que ya hemos dicho existe en el mayor número. A veces simples piedras colocadas en el suelo tenian el mismo destino; tal es la piedra de Cleder (Finisterre) en Francia.

Julio de Toledo – Sociedad Castellarnau

Colección: Miradas sobre La Granja

Hay todavía otra construccion especial que debemos mencionar, á saber: los *cromlechs* ó círculos druídicos formados de piedras derechas dispuestas en forma circular. En algunas un enorme *menhir*, piedra larga, aislada, fija perpendicularmente en tierra, conocida tambien con los nombres de *peulvan*, pilar de piedra, ó *mensao*, piedra derecha, ocupa el centro del círculo.

En los cromlechs no podemos ver otra cosa que esos recintos sagrados de que habla Tácito, y que segun él, estaban en tan gran veneracion que nadie entraba en ellos sino atado, á fin de tributar homenaje en esta actitud humilde á la magestad del dios que los habitaba. Si algun mortal caia en aquel recinto sagrado, no le era permitido levantarse ni áun de rodillas, y tenia que salir arrastrando. Algunos de estos santuarios gozaban derecho de asilo, y se consideraba como el símbolo de la divinidad la piedra que ocupaba el centro. En ocasiones los círculos druídicos forman como el átrio ó vestíbulo de dólmenes colocados fuera de su recinto. Mr. de Freminville juzga con razon poder deducir de esto que los druidas no querian que sus santuarios fuesen manchados con la sangre de las víctimas sacrificadas sobre los altares.

Cual indicio de haber servido á un culto sanguinario, es de observar el terror supersticioso, que trasmitiéndose de gente en gente, han inspirado siempre al pueblo sencillo esas gigantescas moles de piedra. En todas ellas ha creido ver la intervencion del diablo, la obra de encantadores malignos ó un orígen tanto más pavoroso cuanto más oscuro. La Iglesia ha procurado combatir estas preocupaciones consagrando muchos dólmenes con la cruz fijada en lo más alto ó á su inmediacion.

Ahora bien; el monumento situado al Este de la granja, frente á la pradera de Balsain, conocido con el nombre de *Cueva del Monje*, reune todas las circunstancias que los arqueólogos atribuyen á las construcciones megalíticas esparcidas en muchas regiones de Europa por razas misteriosas, si bien carezca de exactitud atribuir tales obras á la edad de piedra, porque se manifiesten informes y sin labrar, pues sabido es que naciones tan adelantadas en las artes, como fue-

Julio de Toledo – Sociedad Castellarnau

Colección: Miradas sobre La Granja

ron los israelitas, nunca desde tiempo de los patriarcas hasta la edificacion del templo, levantaron altares en cuyas piedras hubiera tocado el hierro.

Podrá, el precioso y magnífico ejemplar de que trato, remontarse á la edad prehistórica; mas á la edad de piedra, no hay razon para suponerlo.

Sea construido por los celtas, como parece manifiesto, ó bien por los egipcios, que juzgo muy dudoso, ello es que á primera vista revela un trilitho de los más perfectos y mejor conservados. Los diferentes monumentos de su clase que he podido examinar en España, y áun los del extranjero, incluyendo los célebres de Carnac en el Morbian (Francia) y el *stone-henge* designado con el nombre de *Chorea gigantum* (en Inglaterra), cuyas excelentes láminas y descripcion tengo á la vista, no pueden comparársele.

Su inmensa mole, el medio círculo de piedras verticales que forman el recinto sagrado, la piedra de los sacrificios colocada á su inmediacion, el hallarse establecida en una eminencia descubierta rodeada de bosques actualmente espesos y que serian impenetrables en lo antiguo, todo hace suponer que la *Cueva del Monje* era en su fundamento un dolmen *trilitho* de grande importancia consagrado por los druidas para celebrar las fiestas de los plenilunios.

Confirma este parecer el nombre de Peñalara dado á una altura que domina aquellos contornos, sobre la cual aparece la luna nueva que los sacerdotes y muchedumbre reunida en el lugar santo esperarian como señal para comenzar sus terribles solemnidades.

Segun personas entendidas y la tradicion confirma, hubo efectivamente un ara en la cima de aquella montaña, y á esto debió su primitivo nombre de *Peña del ara*, alterado despues en el que hoy lleva.

***

¿Fueron realmente los celtas quienes elevaron el monumento en cuestion? Faltan datos históricos para contestar con certeza, mas las conjeturas racionales lo indican de un

Julio de Toledo – Sociedad Castellarnau

Colección: Miradas sobre La Granja

modo positivo, y sobre todo la perfecta analogía que guarda la construccion de que voy tratando con las demás de orígen céltico conocido y con las de igual procedencia que se hallan en el Norte, Noroeste y Centro de nuestra Península, pues algunas construcciones megalíticas de las Baleares son indudablemente de orígen pelasgico.

Las escasas noticias de la religion de los primitivos españoles en aquellas comarcas revelan íntima relacion con el culto de los druídas. Como estos, los primeros habitantes de Cantabria, Galacia, Celtiberia y parte de Lusitania, ofrecian sacrificios humanos á divinidades de sangre y muerte como era Endovéllico, y siempre establecieron sus simulacros en parages agrestes y bajo corpulentos árboles, al paso que los pobladores de Oriente y Mediodía reverenciaban á Diana, Hércules, Baco y Melcarte, dioses más humanos importados de Grecia, Egipto y Fenicia, á los que siempre se adoró bajo templos construidos con arte y regularidad.

Pudiera dudarse si el dolmen de la *Cueva del Monje* fué erigido por los egipcios que inmigraron en nuestro país por el Mediodía, pues un pasaje de Estrabon parece indicar que dichos pobladores erigieron muchos *trilithos* é indudablemente llegaron hasta el centro de España, segun lo demuestra la etimología del nombre de varios sitios y lugares y lo confirman con toda evidencia los famosos Toros de Guisando, en los confines de las provincias de Madrid y Avila; pero los caractéres del dolmen de Balsain son tan opuestos á los que revelan las construcciones y monolithos egipcios y tan conformes con lo que de los celtas sabemos, que admitir aquel supuesto fuera aventurarse en lo imaginario desconociendo la realidad.

***

Hé ahí la breve tarea que me impuse, sin más objeto que dar á conocer un monumento precioso de arqueología nacional olvidado á la inmediacion de uno de los sitios reales más concurridos y agradables.

Si por ventura hay quien no considera nueva la noticia de

Julio de Toledo – Sociedad Castellarnau

esta antigualla, quédese con la satisfaccion de saber que ántes de tratar de ella y despues de registradas obras especiales al caso, he tomado informes en la misma localidad y de personas entendidas, y de todos era ignorada bajo el concepto de construccion megalítica.

A ningun aplauso aspiro por el descubrimiento, dado el caso que merezca este nombre: me diera por satisfecho con haber estimulado el celo de los individuos ó corporaciones sábias para que influyesen en el ánimo de quien corresponda á fin de que la *Cueva del Monje* cese de llamarse así, titulándose en adelante *Dolmen de Peñalara*, único nombre propio que la pertenece.

Con esto, y escombrar el terreno de las piedras y maleza, afirmando el camino que de la Granja conduce al monumento, cosa de poco tiempo y coste, bastaria para que fuese admirada en su severa magnificencia una de las más apreciadas joyas de la edad prehistórica española, reducida hoy á prestar asunto á consejas y cuentos vulgares.

DIONISIO CHAULIÉ.

La revista Peñalara en una nota publicada en su número 239 de 1933 resume la conferencia que el Dr. Ferreras dictó en la Sociedad Gimnástica Española. "Disertó sobre el origen de la palabra 'Peñalara' [...], nombre que algunos atribuyen a la procedencia de 'Peña del Ara', ya que Claulie, en sus andanzas por la Sierra, descubrió en la llamada Cueva del Monje, frente a la pradera de Balsaín, restos de construcciones dolménicas donde los druidas celebrarían los plenilunios sacrificando seres humanos".

Pero ya hacía años que Rafael Breñosa y Joaquín Mª de Castellarnau minaron la base seudo-científica de Chaulié: "examinando detenidamente los caracteres y circunstancias que presenta este grupo de cantos, se descubre que no es más que un efecto natural de la descomposición del granito" (Guía y descripción del Real Sitio de San Ildefonso, tipografía de los sucesores de Rivadeneira, Madrid, 1884, p. 277). Explicación que siguieron Daniel de Cortázar (Descripción física y geológica de la provincia de Segovia, Imprenta y Fundición de Manuel Tello, Madrid, 1891, p. 108), Gabriel Puig Larraz (Catálogo de las cavernas y simas de España, 1896, pp. 288-2898) y Constancio Bernaldo de Quirós (Peñalara, 1905, Viuda de Rodríguez, Madrid, 1905, pp. 36-38).

Las precisiones de Puig Larraz alcanza tanto a la versión cristianiza de la leyenda como a los druidas y sus dólmenes inventados por Chaulié. El párrafo dedicado a la Cueva del Monje dice lo siguiente:

San Ildefonso.—CUEVA DEL MONJE.—Esta cavidad, muy conocida y nombrada, hállase al E. de La Granja, frente á la pradera de Balsaín: es una pequeña gruta de unos cuatro metros de largo por tres de ancho y uno de altura, de la cual se cuenta una leyenda cuyo protagonista, un labrador que había vendido su alma á Satanás, arrepentido se retiró á hacer penitencia, siendo conocido con el nombre de P. Arsenio, y á la hora de morir, absuelto por el prior de La Granja, se vio salir al diablo en forma de un enorme murciélago. En el día sirve de abrigo á los pastores del monte.

Respecto á sí es ó no cavidad natural, hemos encontrado que, mientras unos sostienen que es un trilito o dolmen de tres piedras, otros creen que no es más que el efecto natural de la desintegración de la piedra, que es muy común que presente formas semejantes, según se observa en todos los parajes constituidos por rocas análogas.

Itiner. Diligencias á la estación de Segovia; dos cafés, cuatro fondas, tres posadas. |1 Ter. g. Granito. || Bibl. CHIULIÉ, Rev. Contemp., XXVII; CORTAZAR, Segovia: Bol. de la Com. del

La ciencia pronto destruyó la invención pretenciosa de Chauliè.

La versión cristianizada: el mito de la venta del alma al diablo y la redención *in articulo mortis*

El cuento de la Cueva del Monje se cristianizó, como recuerda P. Fernández Cocero (*El tríptico de La Granja, Junta de Castilla y León, 1996, p. 141*). "El monje –dicen- subía desde esta pradera a la peña como altar más alto de la cordillera, al ara de la peña, que es el Peñalara, a celebrar el sacrificio de la misa […]. Misa en escena, introito a las nubes, cantoral del Terciario, asperjes de la ventisca".

A estas versiones de los sacrificios bárbaros o del altar del eremita cristiano se une el cuentecillo del hombre que vende su alma a Belcebú y se arrepiente en el último suspiro. Fernando Rivas, oficial de Infantería, escribió algunas obras con noticias de Segovia: *El Pelopio, crónicas, poesías y disparates* que firmó en 1879 con sus iniciales y *El fusil, almanaque festivo* que apareció con el nombre y apellido completos de su autor en 1880. El año anterior había entregado a la imprenta el libro que impone su presencia en estas Miradas. Con sus iniciales publicó *Las leyendas del pinar ó tradiciones populares de algunos sitios de Valsaín*, Segovia, Imprenta de Segundo Rueda, Juan Bravo, 20, 48 pp. Conserva un ejemplar la Biblioteca de la Catedral segoviana, con la signatura L-397 (según Mariano López Piñuela, *Bibliografía segoviana*, Segovia, s.e., 2007, tomo I, p. 228).

La colección de disparatas leyendas recopiladas por FR se inicia con "El Arroyo de los Baños de Diana", salta a "La Boca del Asno", visita "El Lago de Peñalara", recala en "El Diente del Diablo", sigue a "La Cueva del Monje" y termina en "El Picacho de la Muerte". No vale la pena siquiera resumir sus cuentos. Como ejemplo de su tono y de la mordiente de su imaginación transcribo el comienzo de la leyenda de *El Picacho de la Muerte*:

> *Aroldo Verdier era un joven guapo y opulento. Sin embargo, á pesar de no contar más que de 28 años, algunas arrugas surcan ya su frente, indicio seguro de una vida de azares y placeres.*
> *Huérfano y solo en el mundo sin otra ocupación que la de derrochar su cuantiosa fortuna […].*

El crápula enamora a Eloisa Torremar, "hija única del Barón de Cabañas, uno de los títulos más antiguos de la ciudad, [que] tenía tanta fama por su belleza como por

sus virtudes". "Eloisa vilmente engañada por su prometido, acaba de espirar en el momento de dar a luz el fruto de sus funestos amores". "Aroldo Verdier sabe la noticia fatal y temiendo las consecuencias aguarda para huir a que la noche tienda su velo". En su huida "Verdier prorrumpe en horribles juramentos; mas una espantosa visión sale a su encuentro como abortada por una aguda roca que allí había […]. Mas Verdier desencajado permanece inmóvil, mirando aquella aparición que no es otra que la *muerte* […] Aquella piedra se llamó desde entonces el *Picacho de la muerte*, y se cuenta que ésta suele coronar el *Picacho* la noche de difuntos".

FR aplica a la Cueva del Monje el tópico del pacto con el diablo sobre trueque del alma por riquezas y juventud. La procesión de los monjes de La Granja camina "por el lindero de los *Pinos*". "A la entrada de una cueva formada por una gran piedra sostenida a su vez por otras más pequeñas, esperaban con cirios encendidos un aldeano y un fraile". En el interior "tendido sobre un mísero lecho de hojas secas, hallábase un venerable anciano en cuyo rostro se notaban las precursoras fases de la muerte". Cuenta el moribundo que hace tiempo intentó suicidarse después de no hallar consuelo por la muerte de su mujer. "En un acceso de mi locura evoque al diablo ofreciéndole mi alma si me libraba de pesares y me daba juventud y placeres". Logró firmar con el demonio un "ominoso contrato". Conoció a "una linda joven llamada Lelia" que "se defendía heroicamente en el inexpugnable baluarte de su castidad". El diablo "inclinó a la venganza" al pobre viudo. En connivencia que con un individuo del Santo Oficio, denunció ante la Inquisición a Lidia por herética. La amada arisca fue quemada en la hoguera "poniendo al cielo por testigo de su notoria inocencia".

"Hastiado un día y otro día de tanto escándalo y oprobio […] resolví implorar la divina clemencia retirándome a estos desiertos". El anciano, que resultó ser el Padre Arcadio, ruega ante los monjes: "Señor, tened piedad de mí". Y "un ruido extraño se oyó entonces en la cueva, era producido por un enorme Murciélago que pugnaba por salir de la gruta, al mismo tiempo que el enfermo expiraba".

Y el remate feliz: "al anochecer de aquel día fue enterrado el Padre Arcadio a poca distancia de su gruta, que desde entonces la llamaron La Cueva del Monje y hoy sirve para cobijarse de la intemperie a los pastores que pasan las veladas encendiendo en ella grandes hogueras y comiendo sabrosas calderetas".

La transcripción completa de la leyenda en el librito de Fernando Rivas dice esto:

LA CUEVA DEL MONJE.

Va á espirar el plazo de 30 años desde la aparicion sobrenatural de la roca titulada *Diente del Diablo*, en las inmediaciones de Peñalara. La Primavera, esa bella y repetida juventud de la naturaleza estaba en su apogeo; despuntaba el alba en uno de sus placenteros dias: dos aldeanos que por su aspecto demostraban pertenecer á la clase de leñadores, volvian camino del pinar con sus *hachas* al hombro en direccion á la Granja. !Por mi vida¡ esclamaba uno de ellos, que el Padre Arcadio debe ser Santo ó brujo. ¡Cuidado con los milagros que está obrando en el País! Ayer sin ir mas lejos, le llamaron ó por mejor decir se apareció como acostumbra en la casa del pobre Sergio ya desahuciado en su enfermedad, ¿querrás creer que á los pocos momentos de el monje haberle dado una bebida que traia, se encontró Sergio mucho mas aliviado y con ganas de levantarse? !!Cá¡¡ si es pasmoso lo que hace ese hombre; y luego, con qué humildad trata á todos; vamos sino lo viese, no lo creyera. Esta conversacion llevaban los leñadores

cuando al arribar á una meseta del camino presentóse ante ellos un espectro viviente; que así parecía un venerable anciano, de larga barba canosa, que hacia mas notable el ropon ó hábito burdo que cubria casi completamenta el cuerpo demacrado del viejo: éste marchaba lentamente apoyado en su báculo, semejándose á la estátua del tiempo. Si antes nos acordamos de él, antes aparece: mira, mira, quien viene hácia aquí, decia el parlero leñador á su compañero. La paz del Señor sea con vosotros, mis amados hermanos ¿de dónde venís tan de mañana y siendo hoy el dia destinado al descanso? les dijo el solitario. Padre Arcadio, venimos de las barracas del Pinar donde hemos pasado la noche, y vamos á nuestras casas. Y vos, padre, ¿hácia donde os dirigís? sin duda que vais á cuidar de vuestros enfermos. Lo que es al ver las curas que haceis en ellos, casi, casi, no debia uno temer las enfermedades. Dad las gracias á Dios y no á mí, mísero mortal; yo no hago otra cosa que lo que cualquiera en mi lugar haría; mi anhelo es consolar al desvalido; mi mayor placer consiste en emplearme en el bien de mi prójimo; loado sea el Señor, que con tanta frecuencia me dá ocasiones

de hacer algo por mis hermanos; y así diciendo el Monge caminaba tambien con los aldeanos que se apresuraron á colocarle en medio, poseidos del mas profundo respeto. Luego que á la Granja llegaron los campesinos, se despidieron del Monge, que como de costumbre se dirigió al convento de frailes que existia por aquel tiempo en el hoy Real Sitio de San Ildefonso: una vez en él, nuestro personaje pidió hablar con el Prior de la comunidad, y como le contestasen estaba en la capilla del Monasterio, el padre Arcadio entró en ella y con la mayor mesura esperó á que terminase aquel sus cotidianas oraciones.

Un mes despues de la entrevista del padre Arcadio con el Prior de la Granja, todos los individuos de esta caminaban en solemne procesion por el lindero de los *Pinos* exactamente por la misma ruta que siguió el célebre Segura en la memorable tarde en que trataba de suicidarse. El cántico severo de las preces que al cielo elevaban los Monges, la multitud de luces del acompañamiento en aquel panorama agreste, hacían el cuadro imponente aun para el mas despreocupado. La comitiva fué alejándose poco á poco en direccion de las alturas de *Peñalara*,

y las salmodias de los Monges se oian á lo lejos como un vago rumor que aquellas imponentes soledades hacian mas pavoroso.

Figuraos una vasta esplanada en cuya inmediacion se desarrolla la vejetacion mas lujosa. Imaginad en derredor cuanto de caprichoso cabe en la estructura de las rocas graníticas y tendreis una ligera idea del terreno donde despues de salvar no pequeños obstáculos, arribó la comitiva religiosa entonando sus solemnes cántigas en la inmensidad del silencio de aquel desierto. A la entrada de una cueva formada por una gran piedra sostenida á su vez por otras mas pequeñas, esperaban con cirios encendidos un aldeano y un fraile: en el interior cuya estension seria de unos diez pies de largo por siete de ancho y tendido sobre un mísero lecho de hojas secas, hallábase un venerable anciano en cuyo rostro se notaban las precursoras fases de la muerte.

Luego que la comitiva llegó á la gruta, destacóse de entre el acompañamiento el Prior que penetrando solo fué á colocarse á la cabecera del moribundo: este hizo un pequeño esfuerzo é incorporándose en su lecho de muerte, empezó

á hablar de esta manera. Bendigo ante todo á la divina Providencia que tanto bien dispensa á este miserable mortal, y os doy las gracias venerable Padre. Conozco que la muerte bate sobre mí sus fatídicas alas: para el justo, la muerte es un consuelo; para el grande pecador, como yo, sería la mayor de las angustias, si no tuviese la confianza del perdon en la misericordia infinita de Dios. Yo era un sencillo aldeano de estos contornos; pasaba mi vida en el trabajo del campo y me consideraba feliz al lado de mi pobre mujer: quiso la fatalidad que un horrible padecimiento me la arrebatase, y desde entonces mi vida no fué mas que un tegido de amarguras. En vano procuraba consolarme de su pérdida trabajando sin descanso, de continuo me dirigía al Altísimo implorando de su clemencia algun lenitivo á mis penas: el cielo, sin duda por probarme, no las atendía y yo continuaba desesperándome cada vez mas. Un dia, ¡¡horrible dia!! cansado ya de tanto padecer, formé decidido propósito de matarme, y llorando mis aflicciones, dirigíame á consumar el fatal designio, cuando en un acceso de mi locura evoqué al diablo ofreciéndole mi alma si me libraba de pesares

y me daba juventud y placeres. ¡¡Porqué lo hice!! ¡necio de mí! entonces no preveia que el tiempo vuela, que la muerte es ineludible y que tarde ó temprano yo rendiría cuenta de mis actos sobre la tierra.

No sé lo que entonces sucedió; pero es lo cierto que yo ví al diablo; que firmamos un ominoso contrato y que al poco tiempo me encontré trasformado en plena juventud y con cuanto pudiera apetecer en riquezas y goces. . . . . .

He saciado mi sed de placeres; en mi carrera triunfal por la tierra nada se ha interpuesto en mi camino; en el mundo todo lo vence el *oro*, sin embargo, existe tambien la *virtud*; oid un ejemplo.

Es tal la condicion humana que precisamente aquello que mas difícil se presenta, mas empeño tiene el hombre en conseguirlo. Conocí en los primeros años de mi vértigo, que tal podia llamarse mi proceder entonces, á una linda jóven llamada Lelia, de modesta cuna pero de una virtud á toda prueba. La requerí de amores, mas la fama de seductor que por entonces yo tenía, me cerró completamente toda esperanza á conseguir mis fines; Lelia conoció que no habia de

casarse conmigo, y me juró que ántes sucumbiría que concederme el mas ligero favor. Esto me irritó sobre manera y herido en mi amor propio, formé decidido empeño de conseguir á todo trance mis lúbricos íntentos, aunque para ello sembrase de óro el universo.

Es ocioso decir que puse en juego todos los resortes ¡vano empeño! aquella muger á la vez que encendía en mi más y más un amor volcánico, se defendía heróicamente en el inespugnable baluarte de su castidad. Cansado ya de porfiar en el asunto sin ningun resultado, Satanás que presidía todas mis acciones, vino en mi ayuda y me inclinó á la venganza.

Tenía yo entonces íntima amistad con un personaje de la Córte: los autos de fé eran tan frecuentes como lo exigía el número de denunciados y presos por el severo tribunal: mi amigo era individuo del *Santo oficio* y le utilicé en mi perfidia. Como hombre de inmensas riquezas, figuraba yo en los altos círculos de la política y derrochaba sin piedad en su provecho mis raudales de oro; me asistía pues derecho á exigirles cuanto se me ocurriera y así me propuse hacerlo. Una tarde en que mi aliado acudió á verme

como acostumbraba, abordé la cuestion y convinimos en un infame plan; tratamos nada menos que de denunciar á la virtuosa Lelia á la *Inquisicion* por herética. Al poco tiempo, vimos el resultado de nuestra intriga. La hermosa jóven á quien yo cada vez amaba mas, sucumbia en la *hoguera*, poniendo al cielo por testígo de su notoria inocencia: mas ¡ay! desde aquel dia mis acerbos remordimientos se aumentaron con la sombra de aquella mártir, que jamás se borra de mi imaginacion y que para colmo de mi infortunio adoré despues con más frenesí que nunca. .....y aquí llegaba en su confesion el moribundo, que no era otro que el Padre Arcadio ó por mejor decir el infortunado Segura, cuando una tos convulsiva embargó sns palabras impidiéndole seguir en su lastimosa narracion: ya un poco mas tranquilo continuó diciendo: desde entonces no perdoné medio de procurarme el alivio de mis amarguras entregándome sin descanso á toda clase de excesos. Jugué sumas exhorbitantes; mas mi mala estrella siempre se complacia en martirizarme haciéndome dueño del dinero de los demás; ¡ah! por mi ganancia en el juego hubo hombre que se mató al verse arruinado: todo se

conjuraba contra mi contribuyendo á mi desesperacion.

Hastiado un dia y otro dia de tanto escándalo y oprobio y conociendo que los años pasaban y que mi perdicion eterna era inevitable porque se acercaba el plazo de mi *pacto diabólico*, resolví implorar la divina clemencia retirándome á estos desiertos decidido á ejecutar toda clase de penitencias en desagravio de mis crímenes; así he pasado estos últimos años de mi azarosa vida; mas hoy que veo venirseme en cima la muerte y que precisamente cumple el término de la venta de mi alma á Satanás necesito vuestros auxilios: rogad, rogad á Dios por este miserable que llora arrepentido sus grandes yerros; y así diciendo, el pobre viejo lloraba y se agitaba sobre su lecho: de repente sus convulsiones crecen, sus ojos estraviados se fijan en un punto... allí, allí está, grita en el estertor de la agonía el Padre Acadio: Señor, tened piedad de mi: un ruido estraño se oyó entonces en la cueva, era producido por un enorme *Murciélago* que pugnaba por salir de la gruta, al mismo tiempo que el enfermo espiraba. El Prior consternado bendijo el cadáver del Monje que parecia dormido tran-

quilamente. El ave fatídica que tan precipitadamente se alejaba, era el mismo *Lucifer* que venía por su presa y al verla completamente cambiada y en brazos de la religion, huyó despavorido y burlado en su horrible propósito.

Al anochecer de aquel dia fué enterrado el Padre Arcadio á poca distancia de su gruta, que desde entonces la llamaron *La Cueva del Monje*, y hoy sirve para cobijarse de la intemperie á los pastores que pasan las veladas encendiendo en ella grandes hogueras y comiendo sabrosas *calderetas*.

La leyenda acaba bien. Pues al fin que comieron si no las tradicionales perdices al menos sustanciosas calderetas…